Díganme ahora, ¿con qué mayor demostración pudiera Cristo encomendarnos este ejercicio, que con palabras tan tiernas y misteriosas, en que prefiere, sobre todo el derecho de sangre que a su misma Madre tiene, al que hace la voluntad divina? ¿Con qué otro modo se podía más encarecer esto, que con decir que no se daba por menos obligado Cristo al que hace la voluntad de Dios, que están obligados los hijos a los padres? ¡Oh inmensa humildad de tan grande Majestad, que así se deje obligar por cumplir lo que debemos! ¡Que estime como por beneficio infinito la deuda a que estamos obligados infinitamente por mil títulos! ¿A quién no obliga esta humanidad y llaneza de Jesús, que lo que nosotros debemos hacer por muchas obligaciones, como esclavos suyos que somos por naturaleza y por ley y por toda justicia, pues *fuimos comprados con precio tan costoso como su sangre*, lo agradezca tanto, que lo estime por beneficio de querida madre, y que la deuda de siervos compute por gracia y favor de padres?

No sé si nos debe causar más admiración que no sólo mire Cristo en esta vida como a hermano y a madre al que hace la voluntad de su Padre, cumpliendo fielmente su palabra; pero que en el cielo le mire *como a Señor*. Porque no son menos tiernas ni significativas las palabras que dijo por san Lucas (12, 37), hablando de aquellos siervos que se desvelan por darle gusto y servirle en todo, cumpliendo sin descuido ni intermisión alguna su santísima voluntad: *Bienaventurados* —dice— *aquellos siervos a los cuales hallare ve-*

lando su Señor, cuando quiera que venga. De verdad os digo que el mismo Señor se ceñirá y pondrá a punto para servirlos, y haciéndolos sentar a la mesa, les irá sirviendo. Habla aquí de cómo los premiará en la gloria el haberle sido siervos fieles en esta vida con el cumplimiento de su voluntad. Y no sé yo con qué otras razones podía significar el agradecimiento y estima que hace de los que así lo cumplen; pues para significarlo, dice que *el mismo Dios les servirá* y les hará oficio como de esclavo. Principalmente que no habla aquí de su humanidad, sino de su naturaleza divina, como santo Tomás pondera con estas palabras: «Aquel Dios omnipotente, en tanta manera se sujeta a cada uno de los ángeles y almas santas, como si fuera esclavo comprado de cada uno, y como si cada uno de ellos fuera su Dios; y para dar a entender esto, irá sirviendo a todos, habiendo dicho en el salmo 81: *Yo dije: Sois dioses.* Porque aquel Dios, sumamente perfecto en Sí, cumplirá lo que aquí enseñó (*Eccli.*, 3, 20): *Cuanto mayor eres, humíllate en todas las cosas.* Y aunque es superior a todos en dignidad y majestad, con todo esto, con humildad se sujeta a todos.» Todas estas son palabras de este gran Doctor, en que declara lo mucho que quiso decir el Hijo de Dios en aquellas palabras.

Y verdaderamente, en lo que dice, que viene Cristo a tener a sus siervos fieles, que atienden sólo a su voluntad divina, no sólo como sus señores, sino como dioses; el mismo Señor, en otra parte de su Evangelio, nos da ocasión para entender de su infinito agradecimiento y caridad,

tanta dignación, cuando por san Juan (14, 23) dijo: *Si alguno me ama, guardará mi palabra;* conviene a saber, cumplirá en todo la voluntad divina; *y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos en él nuestra mansión.* Lo cual dijo Jesús en aquel mismo sermón que acababa de decir, que *en la casa de su Padre había muchas mansiones* para premio de los bienaventurados en la gloria. Y luego decir: *Que la mansión de su Padre y suya era aquel que guardaba su palabra y hacía su voluntad,* parece fue tanto como si se dignara decir esta fineza de amante, que éste era como su premio y bienaventuranza; y que lo que era el cielo para los bienaventurados, era, con alguna semejanza, para Dios, el que cumplía la voluntad divina. Y aunque hay metáfora en estas palabras, no deja de significarse la estima y el agradecimiento que tiene Dios de quien hace su voluntad; pues no se pudo significar con menores finezas y favores. Y cierto es que el concepto que nosotros podemos hacer de palabras tan tiernas y encarecidas, no puede llegar a la verdadera estimación de ellas; pues no hay duda sino que está Dios en el corazón de quien hace la divina voluntad, con más gusto que en el más majestuoso trono que puede el pensamiento imaginar.

CAPITULO 9

Pruébase con ejemplos lo importante que es hacer la voluntad de Dios

Razón sería que bastase lo dicho para persua-

dir esta divina ocupación de hacer la voluntad de Dios y no la nuestra. Pero porque a muchos no les mueve tanto la razón ni autoridad de palabras como el ejemplo de las obras, no quiero dejar de tentar también este vado y proponer algunos que imitemos.

1. Quien nos dio mayor dechado de esto fue nuestro Maestro y Redentor *Jesús*, quien sólo pudiera sin peligro hacer su voluntad, por tenerla libre de afectos torcidos y pasiones, e imposibilitada de pecar, y quien no podía errar en lo que escogiese; con todo esto no se quiso apartar un punto de la voluntad del Padre Eterno. Él mismo confesó que no vino al mundo a hacer otra cosa, y que su comida y manjar éste era; y en el trance tan apurado de su Pasión, cuando, lleno de congojas y tedio a vista de la muerte y de las inhumanidades que con gran viveza aprendió que había de usar con Él su pueblo, y con poder redimirnos a menos precio, y estremecerse su naturaleza de tormentos tan nunca vistos que le esperaban, no quiso pedir absolutamente a su Padre le excusase de ellos, pues se podía hacer sin menoscabo de nuestra redención; sino ponerse en sus manos, pidiendo se hiciese su voluntad; no lo que su afecto natural quería, sino lo que su Padre gustaba. Y así, su muerte fue por cumplir la voluntad divina y no apartarse un punto de ella, aunque para redimir el mundo no era necesario que muriese. Y las últimas palabras de la cruz con que expiró fue poniéndose en las manos de su Padre, para enseñarnos a nosotros a ponernos en las manos de Dios, y no querer otra

cosa sino lo que Él quiere, aunque por sólo esto perdiéramos la vida y padeciéramos todos los tormentos del mundo.

Esta ley y amor a la voluntad de su Padre le profetizó con singularidad David (*Ps.* 39, 8), cuando dijo en su persona: *En el principio del libro se escribió de mí que hiciera tu voluntad: Dios mío, yo lo quise así, y tu ley tengo en medio de mi corazón.*

Finalmente, toda la vida y trabajos de Jesús fue por hacer y porque se hiciese la voluntad de su Padre, siéndole *obediente hasta la muerte, y muerte* tan mortal como la *de cruz,* para que nosotros nos acordásemos que la obra con que nos redimió fue de sujección y conformidad con la voluntad divina, y así tuviésemos más estima de esta conformidad, y le imitásemos con tal constancia, como si nos fuera imposible hacer otra cosa.

Refiriendo los Evangelistas la oración que hizo nuestro Salvador en el huerto, uno escribe que dijo (*Lc.,* 22, 42): *Padre, si quieres, pase de Mí este cáliz;* otro dice (*Mt.,* 26, 39): *Padre, si es posible.* Para que entendiésemos que lo mismo nos ha de ser no gustar Dios de una cosa, o quererla nosotros por sólo nuestra voluntad, que sernos imposible.

2. Después de Cristo, quien nos dio mayor ejemplo fue *su santísima Madre,* que mereció serlo por su obediencia y rendimiento a la voluntad divina; por eso se llamó Ella misma *la esclava del Señor,* y por un acto que hizo de conformidad con la voluntad divina, entró luego el Verbo Eter-

no en sus entrañas a vestirse de nuestra carne. De modo que las dos obras mayores de Dios y que ponen pasmo a los serafines, que son la encarnación y redención, se ejecutaron con actos de conformidad con el gusto divino, porque no hay cosa más agradable a Dios.

Y ahora en el cielo, estando coronada la Virgen por reina de los ángeles, tiene por la mayor grandeza suya sujetar su voluntad a la de Dios, y se complace en actos de conformidad con el gusto divino. Y así, oyó un monje cisterciense, como cuenta Cesáreo, la voz dulce de esta Señora, que pasó delante de él en una nube muy resplandeciente, y decía: *¡Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo!*; lo cual decía con tanta dulzura, que todas las veces que se acordaba aquel monje de lo que regaló a sus oídos, se bañaba todo de lágrimas. Y no hay duda ninguna, sino que da en este ejemplo la Virgen a los más abrasados serafines en amor a su Criador.

3. Y así, no es ahora mucho que la mayor excelencia y título que conoció David en *los ángeles*, por lo cual les convida a que alaben a la Majestad divina, como más puros y más a propósito para suplir sus faltas, sea por el cumplimiento de la voluntad de Dios; y así dice (*Ps.* 102, 21): *Bendecid al Señor todos sus ángeles, que sois poderosos en hacer con gran valor su palabra, luego al instante en que oís la voz de su habla*; o, según más literal explicación: *Por este solo fin de obedecer y cumplir la voz que oís de sus palabras; bendecid al Señor todas sus virtudes*; esto es, todos los ejércitos del cielo, arcán-

geles, principados, dominaciones, tronos, querubines y serafines, que sois ministros de Dios, que hacéis su voluntad. De modo que la mayor nobleza y honra de los espíritus soberanos, con ser bienaventurados, la mide David por este sólo empleo, de cumplir al punto la voluntad divina con gran esfuerzo y valentía, y con gran pureza de intención, no por otro fin más que por sí misma, por obedecerla y cumplirla. Y agrádase Dios tanto de esto, que les quiso poner en el cielo ejercicio de obediencia para que su sumisión y abnegación de la propia voluntad fuese mayor, no solamente obedeciendo a Dios inmediatamente, sino a otra criatura por Dios; ordenando estuviesen unos ángeles sujetos a otros, como están los hijos a los padres, como confirma san Pablo (*Efes.*, 5, 15) en la *paternidad* que significa haber *en el cielo*. Y lo que manda Dios no es a todos los ángeles por sí mismo, sino por otros. De modo que, inmediatamente, reciben los ángeles la orden de lo que han de hacer de los otros espíritus de más alta jerarquía. Y claro está que es mayor ejercicio de obediencia obedecer a una criatura por Dios, que no a Dios inmediatamente; y más es estar sujeto a las criaturas y a Dios, que a Dios solo en sí mismo. Pues esta obediencia tienen los ángeles, mirando con tal respeto y con tal olvido de su propia voluntad a los superiores, como si fueran el mismo Dios, y oyendo sus palabras como si fuesen de la boca de Dios. Y así dijo David generalmente de todos, que *oían la palabra y la voz de Dios*; no porque todos la oyesen por sí, sino porque de la misma manera

respetaban y cumplían cualquier orden de otro espíritu, como si fuera el mismo Dios.

4. A *los Apóstoles* también encargó su humilde Maestro, Cristo Jesús, que se hubiesen como siervos, no sólo respecto de Dios, sino entre sí, no sólo para que hiciesen la voluntad divina, sino porque no hiciesen la propia; y antes quisiesen hacer la voluntad de otro hombre, mirándole como a señor, y a sí mismos como a esclavos, para no hacer nunca su querer ni gusto. Y la perfección mayor de aquel que prefirió entre todos y escogió por cabeza de su Iglesia, la significó (*Jn.*, 21, 18) con que *otro le ceñiría y llevaría donde no quisiera,* esto es, que no haría su voluntad.

Y cuando convirtió a la otra columna de la Iglesia, la primer palabra que quiso oír de él fue de conformidad y rendimiento a su voluntad, cuando dijo san Pablo (*Act.*, 9, 6): *Señor, ¿qué queréis que haga?* Palabras que no se nos habían de caer de la boca y corazón. No se contentó el Señor con esto; porque para que más sujetase su voluntad, le remitió a Ananías, queriendo que se rindiese aún a la voluntad de otro hombre, porque menos hiciese la suya. En lo cual se ha de advertir, para consuelo nuestro, que no dijo el Señor: *Él te dirá lo que quiero Yo que tú hagas,* sino *Él te dirá lo que te conviene hacer*; lo uno, porque no quiere Dios otra cosa sino lo que nos conviene y nos está bien; lo otro, porque aunque no nos hablen los hombres manifiestamente como vicarios de Dios, ni ciertos de su voluntad, mientras no fuera cosa mala, antes hemos de hacer

la voluntad de otro, aunque no sea superior, que la nuestra; la cual ha de tener el postrer lugar o, por mejor decir, ningún lugar.

5. *Los santos* que renovaron el espíritu de los apóstoles se esmeraron en lo mismo. Santa Teresa de Jesús hizo voto admirable de no hacer cosa que no fuese voluntad de Dios y de su mayor agrado y gusto, no queriendo hacer en nada el suyo. Y en la relación de su vida afirma con juramento, poniendo a Dios por testigo, que ni honra, ni vida, ni gloria, ni bien alguno de cuerpo o alma, quería ni deseaba, que no fuese la gloria de Dios. Lo cual era con tanto extremo y con tanto aborrecimiento de su voluntad y gusto, que estando una vez comiendo un manjar que le sabía bien, al punto le arrojó de la boca como si fueran hieles; y preguntaba por qué hacía aquello, estando tan bien sazonado, respondió: «No me atreví a tragar aquel bocado, porque me sabía bien.»

Semejante voto hizo la venerable virgen doña Luisa de Carvajal (1), de hacer siempre en todas las cosas lo que entendiese ser de más perfección y agrado ante los ojos divinos.

San Ignacio, nuestro Padre, no se contentó con sólo buscar en todo lo más perfecto y la mayor gloria de Dios, y hacer no sólo la voluntad de su Criador, sino lo que más gustaba su Majestad divina. Ni sólo se contentó con no hacer en nada el gusto propio, sino que buscaba en todo lo que era menos de su gusto. De modo que decía: Que

(1) Véase arriba, pág. 38.

si se dieran dos cosas de igual gusto de Dios y gloria divina, él escogiera la más penosa y trabajosa, no ya por hacer la voluntad de Dios, sino por hacer menos la suya.

San Pandulfo gustaba tanto de la voluntad de Dios, que, habiendo cegado, se regocijaba con increíble contento, y consolaba a los que le tenían compasión; y con dar vista a todos los ciegos que venían a él, no quiso curarse a sí mismo, ni pedir a Dios le sanase; y así, con este ejercicio de no tener voluntad, sino la divina, subió a un altísimo grado de perfección.

A santa Gertrudis le dijo su Esposo Jesús: «En esta mano traigo la salud y en esta otra la enfermedad; escoge, hija, lo que más te agrade.» Mas la santa, con tener gran deseo de padecer por Cristo, no se atrevió a escoger por su juicio, sino cruzando los brazos delante del pecho, y poniéndose de rodillas, dijo: «Oh Señor mío, lo que yo con todo encarecimiento os suplico es que no miréis a mi voluntad, sino a la vuestra; y así, yo por estar pronta y dispuesta para cualquiera de las dos cosas, no escojo ninguna de ellas; a Vos, Señor mío, os toca ver cuál de ellas me queréis dar.» Lo cual agradó tanto a su Esposo, que le dijo: «Cualquiera que desee que Yo me entre muchas veces por sus puertas, entrégueme la llave de su voluntad, y no me la quiera jamás quitar.» Enseñada con esto santa Gertrudis, hacía cada día muchísimas veces esta oración: «Amantísimo Jesús mío, no se haga mi voluntad, sino la tuya»; con lo cual creció en muchos merecimientos.

Al albedrío de san Francisco de Borja dejó Dios el vivir o morir su mujer; mas el santo humildemente rehusó tener elección por su gusto, respondiendo al Señor: «Señor, Dios mío, ¿de dónde esto a mí, que dejéis a mi albedrío lo que es sólo vuestra voluntad? A mí lo que me está bien es sólo seguir vuestro santísimo querer, y no tenerle yo. ¿Quién sabe mejor lo que me ha de estar bien que Vos, Dios mío? Hágase tu voluntad, Dios mío, la cual os pido que en mí y en todas mis cosas se cumpla.»

6. Lo que aprovecha este ejercicio para adelantarse en merecimientos, lo declara bien *una historia* que cuenta Cesáreo de un monje del Císter que hacía grandes milagros, sin notarse en él diferencia de vida de los demás; porque con sólo que tocasen sus hábitos sanaban los enfermos; y si cualquier otro monje se ponía su cinto u otra cosa de su vestido, luego quedaba sano. El abad, como notase lo mucho que aquel monje valía con Dios, y que no hacía otros ejercicios más que los demás monjes, estaba maravillado, y tomándole un día aparte, le dijo: «Dime, hijo mío, ¿qué es la causa de tantos milagros como haces?» Respondió el monje: «Yo no lo sé, por cuanto yo no estoy en oración más que los otros monjes, ni velo más, ni ayuno más, ni trabajo más; sola una cosa podría tener más que los demás, y es que se me da tan poco de las cosas de la tierra, que ni hay prosperidad que me ensalce ni contente, ni hay adversidad que me abata ni haga impresión en mi ánimo; ora sea en las cosas que tocan a mi persona, ora sea de las

que tocan a otras personas.» Preguntóle a esto el abad: «¿No te enojaste y turbaste cuando aquel caballero nos quedó nuestra granja?» «No, por cierto, porque todo lo sometí a nuestro Señor Dios; porque si me dan poco, doy gracias a Dios y lo recibo, y si me dan mucho, también lo recibo, dando gracias a Dios, que no quiero sino que se cumpla su voluntad.» Entonces conoció el abad que la causa de los milagros que hacía aquel monje era el amor grande de Dios y el extraño menosprecio de las cosas temporales, por conformarse en todas sus acciones con la voluntad divina.

También, para enseñarnos a hacer todas las cosas con pureza de intención, es muy a propósito lo que sucedió a *dos monjes* que vivían juntos en el yermo con gran perfección. El demonio se apareció al más viejo en figura de ángel, haciéndole saber de parte de Dios cómo su compañero era réprobo; y así, que todas sus buenas obras, trabajos y penitencias no le habían de aprovechar. Quedó el viejo muy triste con esta revelación, durándole su sentimiento por muchos días; de modo que lo echó de ver el monje mancebo, que a puros ruegos e importunaciones alcanzó de él le dijese la ocasión de su dolor, y en oyendo que la causa era el haberle Dios revelado que se había de condenar, y que todas sus observancias y trabajos eran en balde, el santo mozo, muy alegre, le dijo: «No te turbe esto, Padre, ni te aflijas, porque siempre he servido a Dios, no como mercenario por el cielo y por paga, sino como hijo, como quien lo debe, por ser su Ma-

jestad sumo bien, al cual cuanto soy debo, y puede hacer de mí todo lo que le pareciere.» Con lo cual se consoló el viejo, y mucho más cuando, después, con verdadera revelación, supo de otro ángel cómo el demonio le había engañado, y que aquel mancebo antes era predestinado; y que por aquel acto que había hecho y ánimo tan puro y generoso que tenía de servir a Dios y hacer su voluntad, había alcanzado muy grandes merecimientos y agradado singularísimamente al Señor.

De *otro siervo* de Dios cuenta Gersón que hacía grande penitencia y tenía mucha oración; y el demonio, teniendo envidia de tan buenas obras, para apartarle de ellas, acometióle con una tentación de la predestinación, diciéndole: «¿Para qué te cansas y fatigas tanto, que no te has de salvar; no has de ir a la gloria?» Más él respondió: «Yo no sirvo a Dios por la gloria, sino por ser Él quien es y cumplir su voluntad»; y quedó con esto el demonio confuso.

CAPITULO 10

Notables ejemplos y sentencias de los gentiles, que enseñaron cómo debemos conformarnos con la voluntad de Dios

Ultimamente, quiero proponer algunos ejemplos y sentimientos de los que carecieron de la luz de la fe, pero con todo esto alcanzaron que no había cosa más justa ni más puesta en razón, ni más generosa y útil, que el cumplir y hacer la

voluntad de Dios, para que nos avergoncemos nosotros de no pasar de donde los hombres sin ley y sin el conocimiento de las obligaciones de ver a un Dios muerto y crucificado por nosotros llegaron y sintieron.

Cleantes, maestro de grandes filósofos, solía decir, aunque gentil: «Guíame, Dios mío, y llévame por donde a Ti te agrade; que yo te obedeceré cumpliendo tu voluntad, aunque sea con grandes trabajos; y yo, que soy malo, haré, aunque sea gimiendo y padeciendo, lo que debe hacer un varón justo.»

Demetrio, insigne filósofo, aunque en grande pobreza y desnudez, decía también: «De sólo esto me puedo quejar, ¡oh dioses inmortales!, de que antes de ahora no me hayáis hecho notoria vuestra voluntad, para que hubiera venido primero a estas cosas a que ahora estoy pronto. ¿Queréis quitarme los hijos? Para vosotros los crié. ¿Queréis algún miembro de mi cuerpo? Tomadle; y no hago mucho en ofrecerle, habiendo de dejarlos todos muy presto. ¿Queréis la vida? ¿Por qué no os la he de dar? Ninguna detención habrá en restituiros lo que me disteis. Todo lo que pidiereis lo recibiréis de mí, que con voluntad lo doy. Pues ¿de qué me quejo? De que quisiera darlo por voluntaria ofrenda, más que por restitución. ¿Qué necesidad hubo de quitarme lo que podíais recibir? Pues, aun con todo esto, no me habéis de quitar cosa alguna; porque no se quita sino al que la retiene; yo en nada soy forzado, y nada padezco contra mi gusto. Ni en esto hago servicio; confórmome con vuestra voluntad, conocien-

do que todas las cosas corren por una cierta ley promulgada para siempre.»

Sócrates, aun para el trance más arduo, que es el de la muerte que padeció tan injustamente, se mostró tan conforme con la voluntad divina, que dijo: «Si Dios así lo quiere, así se haga; que todos mis acusadores y enemigos no me podrán hacer daño.» Y Simplicio dijo: «Que la verdadera perfección del alma estaba en esta unión y conversión a Dios.»

Epicteto, ilustre estoico, hacía a Dios este generoso ofrecimiento: «Usa de mí, Señor, para cualquier cosa que quisieres; contigo siento, con igual ánimo estoy, nada rehuso de lo que a Ti te parece; tras de Ti voy, encamíname adonde quisieres. ¿Quieres que mande, o que tenga vida particular?, ¿que sea desterrado, pobre, rico? Yo asiento a tu gusto delante de los hombres para todas estas cosas.»

El mismo filósofo dijo una cosa que le pasaba a su ánimo, bien admirable, y la enseñó y predicó públicamente: «Ninguna cosa —dice— que yo quiero me la puede impedir ni estorbar hombre nacido, y ninguna cosa que no quiera me puede forzar a ella poder humano.» Dirás: ¿cómo puede ser esto? «Dígote que es, porque sujeté mi voluntad a Dios. Si Dios quiere que tenga calentura, yo también quiero; si quiere que haga alguna cosa, yo no me excusaré; si me mandare que pretenda algo, no lo desecharé; si Él no quisiere, yo tampoco no lo querré; si quiere que muera, ¿quién estorbará este deseo de mi alma, ni con fuerza lo podrá estorbar? No, por cierto, me

podrá hacer a mí más violencia que al mismo Dios, pues la causa y la voluntad, la misma es.»

Todo esto es de aquel filósofo.

También *Platón* condena aquel modo de hablar: Dios te dé todo lo que deseas. Dios te conceda lo que quieres. Plega a Dios —dice Platón— no te lo conceda, sino que haga que quieras lo que Él quiere; porque este es un purísimo culto y divina religión, si de esta manera te juntas y ligas con Dios.

Séneca, dando cuenta a un amigo de los secretos de su corazón y de la costumbre que tenía de llevar las adversidades, dijo: «En todas las cosas que parecen adversas y duras, me porto de esta manera: que no tanto obedezco a Dios, cuanto consiento con Él y quiero lo mismo, y le sigo de corazón y de gana, no porque es forzoso. Y así nunca me acontece cosa que la lleve con tristeza ni con mal gesto; porque no daré de mala gana lo que debo como tributo, y todas las cosas con las cuales gemimos y de que nos espantamos, tributos de vida son.» El mismo aconseja que para cumplir la voluntad divina, en todas las cosas que nos parecen arduas y que nos están mal, se ha de corregir el juicio humano, repitiendo muchas veces entre sí: a Dios le parece otra cosa, Dios juzga mejor. Y en otra parte dice: Que lo mejor que puede uno hacer es llevar las cosas adversas alegremente, y recibir todo de la misma manera, como si él por su gusto y voluntad lo quisiese y tomase. Y que se debe querer así, y tomar por nuestro gusto y voluntad, puesto que vienen de la voluntad de Dios. Que es lo

mismo que enseñó san Doroteo: Que podía uno andar siempre cumpliendo su voluntad, cuando no tenía otra voluntad sino la de su superior y de Dios.

No he traído esto porque sean menester a los siervos de Dios estos consejos de los filósofos, sino para que nos avergoncemos si no pasamos con la obra, después de la doctrina de Cristo, a lo que la fuerza de la razón natural forzó decir a los gentiles.

CAPITULO 11

Práctica de este ejercicio de cumplir la voluntad divina

1. He querido encarecer tan despacio la obligación, suavidad e importancia que es rendirse a la voluntad divina, porque en esto consiste toda la perfección y unión con Dios. E importa sumamente formar alto concepto y estimación de este ejercicio, para conseguirlo más brevemente.

Y aunque es verdad que todos los autores espirituales a esto vienen a parar, con varios documentos que ordenan para disponer un alma para este punto; pienso que si uno desde el principio penetrase vivamente la obligación e importancia que es hacer sólo la voluntad de Dios y no la suya, que atajaría mucho. Porque si desde luego se pusiese en ello, sería el medio más eficaz para hacer bien los demás ejercicios y poner en obra todas las demás virtudes. Claro está que si uno

se determinase con una resolución eterna e invencible: *Tengo de hacer y querer en todo y por todo lo que Dios quiere de mí, y cómo lo quiere, y no atender a mi gusto ni afecto,* que sería mortificado, viendo que Dios eso quiere de él, sería humilde, paciente, devoto, recogido, callado, abstinente, casto; porque esto es lo que pretende su Majestad de nosotros. Y, como dice san Pablo (1 *Tes.* 4, 3): *Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*; y así haría un grande ahorro de tiempo.

Por lo cual encargo a todos, y pido por Jesucristo, a los religiosos principalmente, y a la gente que trata de su espíritu, que como ponen el conato en algunos particulares ejercicios, y en salir con una u otra virtud, trayendo particular cuenta y examen para alcanzarla, que pongan principalmente todas sus fuerzas y mientes, y su particular mira, a tener estima de la voluntad de Dios y conocerla y ejecutarla sin negligencia ni perdón de cosa alguna.

2. El cual cuidado, no sólo han de poner en la dirección del estado de su vida y ocupación en general sino en todas acciones particulares y singulares, por pequeñas que sean; andando mirando en cada una a Dios y poniendo los ojos en su santísima voluntad; la cual ha de tener por única regla de todas sus acciones, considerando en cada obra: esto quiere Dios que lo haga o no; y si conoce que no es la voluntad de Dios, no hacerlo por mil mundos; mas si es cosa que Dios gusta que se haga, como son obras de virtud, se ha de mirar luego cómo quiere Dios que se haga.

Pongo ejemplo en la oración, con qué reverencia, con qué humildad, con qué fervor, con qué atención, y procurar hacerlo así.

Si es obra particular que manda el Superior, mirar con qué obediencia quiere Dios que cumpla esto, con qué simplicidad, con qué fervor, con qué presteza, con qué fortaleza, con qué gusto, con qué perseverancia; y así en las demás obras, mirar en su substancia si son del gusto divino, y luego considerar las circunstancias con que quiere Dios que se hagan.

Y si la obra fuere indiferente de suyo, y necesario hacerla, procure coronarla con esta buena intención, y hacerla por amor a Dios; porque con esto levantará la obra, que de suyo no valiera nada, a muy alto grado de merecimiento. Y no es razón que se pierda tan grande ganancia por descuido de ofrecer las obras a Dios, y regularlas por su santísimo querer: con lo cual las acciones naturales las obraremos sobrenaturalmente, y las virtuosas, de virtudes menores, se harán todas de caridad; estando siempre preparado uno para cumplir y hacer en todo el gusto divino y en nada su propia voluntad; así en las obras exteriores, como en las interiores; así en las grandes, como en las pequeñas; en el más mínimo pensamiento y movimiento del corazón; dirigiéndolas y modelándolas por esta única regla de prudencia verdadera, que es lo que Dios quiere, y haciendo siempre lo que dice David (*Ps.* 122, 2): *Como los ojos de una esclava están fijos en las manos de su señora, así nuestros ojos están clavados en el Señor.* Mil entendimientos, mil

ojos que tuviéramos, en esto habíamos de ocupar.

Así lo hacían los santos, y así lo hacen los ángeles; por lo cual aquellos santos animales del Apocalipsis (4, 6, 8) y sublimes querubines, *estaban llenos de ojos de dentro y de fuera.* Por lo cual con mil advertencias, con mil intenciones, con mil cuidados hemos de andar mirando al beneplácito divino; desojándonos siempre por ver lo que Dios quiere, repitiendo muchas veces lo que dijo san Pablo (*Act.*, 9, 6): *Señor, ¿qué queréis que haga?*

En esto, pues, se ponga singular cuidado, y de esto se traiga examen particular, con esto tengamos particular devoción, ésta sea la tarea de toda la vida; y no hay que salir de aquí, sino hacer desde luego, con gran fervor y amor de Dios, lo que hemos de continuar por una eternidad; y hacer en la tierra lo que los bienaventurados en el cielo. Que es lo que cada día pedimos en la oración del Padrenuestro, como lo hacía santa Gertrudis, a quien no se caía de la boca y corazón: *No se haga mi voluntad, sino la tuya.* La cual devoción la enseñó Cristo nuestro Redentor, encargándola que por menudo le consagrase todas sus obras cuanto pudiese, no sólo por mayor lo que leía o escribía, sino, si fuese posible, cada palabra y letra de por sí; ni sólo la comida o bebida, sino cada bocado o trago que daba y todas las palabras que decía, todos los pasos que daba, todas las veces que respiraba; para que de esta manera estuviese siempre atenta a no hacer sino la voluntad divina.

3. Con este ejercicio andará uno con una excelentísima, fructuosa y fácil *presencia de Dios;* no cansando el entendimiento e imaginación, sino regalándose en su corazón con finos actos de amor; porque no sólo andará amando a su Criador con amor de caridad muy unitivo, sino obrando continuamente por amor de Dios, que es lo último del amor, cuando no sólo para en el afecto, sino que se descubre en el efecto.

Y esto, no como quiera, sino con un continuo uso de *mortificación*, que es la prueba del fino amor; porque andará siempre negando su voluntad, cumpliendo el dicho de Cristo (*Mt.*, 16, 24): *Quien quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo.*

Fuera del uso de la mortificación, tendrá ejercicio continuo de perfecta *resignación*, aniquilación, unión y transformación; estando dispuesto a todo, y puesto en las manos y gusto de Dios, y deshecho totalmente del suyo, uniéndose cada día más con su Criador, pues se desnuda de sí propio y de todo su querer por hacer el divino.

Y tendrá también gran *pureza de corazón*; porque no podrá parar afecto torcido, donde no se atiende a otra cosa sino al gusto de Dios; y luego se conocerá cualquier desorden de nuestro corazón.

Finalmente, en esta conformidad de la voluntad está la *suma de la perfección* y todas las virtudes, y es el camino más breve, más general, más seguro, más meritorio que todos, y la regla universal de los demás, y resumen de la discipli-

na y vida espiritual, que, en un dictamen y una regla, comprende toda su doctrina.

4. Ultimamente, se debe advertir cómo importará mucho que las oraciones jaculatorias que, según el consejo de los santos, conviene hacer entre día, sean las que dijimos encomendó Cristo nuestro Redentor a santa Gertrudis y a otros santos, y generalmente a la Iglesia toda, en la oración que nos enseñó, y el mismo Señor tenía costumbre de repetir, como lo hizo algunas veces en el huerto, diciendo al Padre: *Que se hiciese su voluntad y como Él quería.* Y así nosotros hemos de tener siempre en la boca y corazón estas palabras: *Padre nuestro, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.* Las cuales palabras, para decirse con más fruto, no se han de decir sólo por vía de alabanza y bendición de Dios, ni sólo con afecto amoroso de conformidad para con su Majestad, sino también por vía de deprecación y petición, nacidas del celo de la gloria de Dios y amor del prójimo, suplicando en ellas a Dios que todos los hombres en la tierra hagan su santísima voluntad; porque no podemos pedir para nuestros hermanos cosa mejor. Con lo cual se juntará en esta breve oración la caridad de Dios y la del prójimo; de modo que por ella se esté un alma uniendo y conformando con Dios, alabándole, bendiciéndole y engrandeciéndole, y juntamente haciendo bien al prójimo, orando continuamente por nuestros hermanos, por toda la Iglesia y por todo el mundo; pidiendo para cada uno y para todos la cosa que más bien les pueda estar, y lo de que más necesidad tienen y

es más importante; lo cual es un acto de aventajado merecimiento.

CAPITULO 12

Que el seguir la voluntad de Dios ha de ser en todo

Negocio de tan gran importancia no se ha de tomar flojamente ni por partes, andando a medias con Dios, haciendo en parte nuestra voluntad y en parte la divina, entregando algo a Dios y reservando algo para nosotros.

Esta entrega ha de ser total; que no sufre el dominio absoluto, y más el de Dios, compañía de dos dueños.

1. Y es grande engaño temer uno darse del todo a Dios, sin guardar nada de sí, pareciéndole caso terrible y cosa muy amarga esta determinación de no darse gusto en nada. No hay que temer esto, antes debe temblar y recelarse de sí, si en algo se busca.

Lo uno, porque un afecto, por pequeño que sea, le podrá destruir. Ya tiene prendas el demonio en su corazón, y con un solo deseo menos ordenado le tendrá preso. Una mínima afición no mortificada es bastante para enflaquecer toda la fuerza del ánimo. Pues, como advierte san Doroteo, aunque un águila tenga todo el cuerpo libre, si una uña solamente tiene asida al lazo, quedará presa. Verdaderamente no es cosa pequeña no dejar aun las cosas más pequeñas; porque no se

ha de mirar tanto a la cosa que parece poca, en que dejamos de vencernos, cuanto a que, ni en aquello tan poco, no queremos quebrantar nuestra voluntad por amor de Dios lo cual es mucho, y tanto mayor desagradecimiento nos había de parecer, cuanto la cosa es menos.

Lo otro, porque puede desesperar uno de gozar los privilegios y gustos, que hemos dicho de los que cumplen la voluntad de Dios, si no la cumple en todo; y no la cumplirá en todo si no niega la suya en todo. De modo que si, por temor de vivir con aflicción y tristeza, deja de hacer entrega general de sí a Dios, es yerro manifiesto; porque antes, si no lo hace de esta suerte, no gozará de aquella dulzura y favor del cielo, que comunica Dios a los que cumplen la divina voluntad; que es una participación del gusto que su Majestad tiene en el cumplimiento de ella. Y así, pues falta en esto, y no cumple el gusto de Dios, no tiene derecho para gozar sus privilegios, ni título para aquel contento que llena a los santos y perfectamente mortificados, esto es, muertos a sí. Así decía un venerable varón, el Padre Baltasar Alvarez, que, como los mártires, según canta la Iglesia: *Por el atajo de una santa muerte entran a poseer la vida bienaventurada,* así los justos bien mortificados, con otra muerte breve de su propia abnegación, alcanzan el descanso que en la tierra se puede alcanzar; y porque no echamos el resto en nuestra abnegación, así andamos siempre gimiendo y llevamos la cruz sin morir en ella.

2. Este negocio de la perfecta mortificación y

conformidad con la voluntad divina no consiste en cosa que pueda partirse, ni se contenta con menos que con todo. Porque no es verdad que está muerto uno, si no le faltan todas las acciones de la vida; por una sola que le quede, no se dirá que está muerto (1). Así es que, por una cosa que uno quiere hacer, sólo por su voluntad, no cumple la divina perfectamente, ni está muerto con Cristo. Lo cual declaró el mismo Señor (*Jn.*, 12, 24) con la comparación del *grano de trigo, que si no es muerto no da fruto.* Y las demás semejanzas con que nos encargó la mortificación y comparó al reino de los cielos, están encomendando esto mismo, que sea total, como es *el tesoro escondido y la margarita preciosa,* que, por comprarla, *vendió el mercader todas sus cosas;* y diciendo *todas,* no se exceptúa nada. Es grande lástima que algunos, habiendo hecho gran cosa en mortificarse en cosas mayores, reparen en algunas pequeñas, por lo cual se quedan sin esta joya. ¿Qué dijéramos de un hombre que, habiendo dado mil duros por un incomparable tesoro, después se desconcertarse por no dar de más un céntimo que le quedaba?

Lo mismo significa *la red barredera,* que no deja pez ninguno. *El granito de mostaza,* la más pequeña semilla, y que crece más que las otras hortalizas, nos amonesta lo mismo; porque cosas muy pequeñas tienen grandes efectos, y así, no

(1) Entiéndese no de una imperfección *actual,* sino de un hábito imperfecto del que el hombre no quiere corregirse. (V. san Juan de al Cruz, SUBIDA AL MONTE CARMELO, 1. I, c. 11, n. 3.)

se han de despreciar por pequeñas que parezcan. Que la estima de las cosas, más es por su virtud que por su cantidad. Por lo cual generosamente se ha de dejar uno del todo a sí mismo y abrazarse sólo con Cristo, cumpliendo en todo la voluntad de su Padre, persuadiéndose que la dificultad sólo está hasta que se venza bien y cumpla en todo la voluntad de Dios; porque es verdad lo que dijo un santo monje de los antiguos: Mientras uno anda venciéndose, anda con tristeza y trabajo; pero cuando halla a Cristo, ya no trabaja, sino como rosa florece. Y como cuando hace nublado todo está triste, pero, quitándose, todo lo clarifica el sol, así acontece al que halla esta claridad preciosa, que alegra el corazón y quita todas las tristezas de esta vida.

3. Quien no se mortifica del todo, no cumple perfectamente con las obligaciones que debe al supremo dominio de Dios, que por tantos títulos tiene derecho infinito a que en nada hagamos nuestra voluntad, sino la divina; ni satisface al agradecimiento que debe a Cristo por los beneficios con que nos ha obligado; pues debiendo uno más de lo que puede pagar, ni siquiera paga lo que puede; ni gozará del gusto de este cáliz, que al principio es de amargura, pero en el fondo de miel; y quien no le agota ni se le echa a pechos, no gustará toda su suavidad, ni sacará el provecho de negarse a sí; antes tiene aún en la mano la ponzoña que le podrá matar, pues tiene su propia voluntad, que nos hace ella sola más daño que todo el infierno junto; ni hallará a Cristo, pues no acaba de seguirle de veras; para lo cual

el primer paso ha de ser, como nos enseñó el mismo Señor, *negarse a sí y tomar su cruz.*

Para no perdonar trabajo, ponga los ojos en el fin de esta jornada, que es la paz del alma, el reino de los cielos, la posesión de Cristo y hallar a Dios.

4. Busquémosle, pues nos importa tanto, como Él nos buscó; busquemos con diligencia y a toda costa *la margarita preciosa,* pues así buscó Él *la pequeña dracma.* Notable cosa es, dice santo Tomás, que no dijo que la compró, sino que *la halló,* aunque el género humano, que se significa por la dracma, le costó su sangre preciosa y Pasión tan amarga. La causa es porque de tal manera desea nuestra salud, que le pareció que fue hallárselo el poder librar al hombre de la potestad del demonio, y ganarle para la bienaventuranza eterna, para la cual fue creado. También es cosa digna de notar que convoca a todos los ángeles para que den el parabién, no a la dracma hallada, esto es, no al hombre, sino a sí mismo; como si el hombre fuera Dios del mismo Dios, y como si dependiera la salvación de Dios de haber hallado al hombre perdido; y como si no pudiera, sin el hombre, ser Dios bienaventurado. Hasta aquí son palabras de este santo Doctor.

Ahora quiero yo argüir nuestra ingratitud y tibieza. Si tan de veras nos buscó Cristo, ¿por qué le hemos de buscar tan perezosamente? Si lo que padeció no le pareció nada, respecto de lo que deseó nuestro bien, ¿por qué a nosotros lo que es nada nos parece mucho para procurar, no sólo nuestro mismo bien, sino también lo que es mu-

cho más, su gloria divina, que es el cumplimiento de su voluntad? Dios se nos dio todo a nosotros; ¿pues por qué nosotros nos hemos de dar la mitad? ¡Oh intolerable soberbia de los hombres, pues no queremos pasar por tan justo y ganancioso contrato, que se dé el hombre todo a Dios, pues Dios se dio todo al hombre!

Fuera de estas razones, cierto es que no podrá uno mortificarse en cosas grandes si no se acostumbra a vencer en las pequeñas. Por lo cual dijo Ricardo Victorino que, pues el demonio trabaja por vencernos en cosas menudas, para que, estando más flacos, nos venza en cosas mayores, que es justo que nosotros procuremos mortificarnos en cosas pequeñas, para que le cerremos la puerta y no pueda vencernos en cosas grandes.

CAPITULO 13

Práctica de conformarse en todo con la voluntad divina

Porque el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios no está sólo en hacer todas las cosas por Dios, sino en padecer también con contento y gusto todo lo que nos sucediere adverso, pues todo viene ordenado de su piadosa mano para nuestro bien y provecho, resignándonos totalmente con su santísimo querer, propondré más particularmente la práctica de esta conformidad con un caso de gran enseñanza que cuenta Taulero sucedió a un teólogo en una plática que tuvo con

un pobrecito que le deparó Dios, para que le enseñase esta divina Teología. Y así, pondré aquí toda aquella conversación y diálogo que tuvieron, porque además de enseñarnos un perfecto ejercicio de conformarnos con la voluntad divina, nos declara juntamente el gran bien que en esto hay.

Es, pues, el caso que un teólogo muy insigne, no asegurándose de su saber para servir a Dios, deseaba con humilde corazón hallar algún siervo de Dios ejercitado que le enseñase el camino de la verdad; y después de haber pedido esto a Dios por ocho años continuos, oyó una voz que le dijo: «Sal fuera, a las gradas del templo, y hallarás allí un hombre que te enseñará el camino de la verdad»; y saliendo el teólogo halló un hombre mendigo, cuyas ropas viejas y agujereadas no valían tres pesetas; traía los pies descalzos y estaban llenos de lodo; era, en fin, tal el aspecto de este mendigo, que mostraba más haber menester socorro corporal; y dio tan espiritual remedio y tan excelente y admirable doctrina, cuanto este teólogo lo había deseado y merecido con las oraciones, llenas de buenos y humildes deseos, como en el diálogo que tuvieron se verá, que es el siguiente.

Los interlocutores son solamente el Teólogo y el Mendigo.

Saliendo, pues, el Teólogo y viendo al Mendigo, saludóle diciéndole:

Teólogo.—Buenos días te dé Dios, hermano.

Mendigo.—Te agradezco el saludo con que me saludas; pero te hago saber que no me acuerdo

haber jamás tenido día malo ni principio de día que no fuese bueno.

Teólogo. — Sea como dices, y con los días buenos que siempre tienes, Dios te haga bien afortunado y de buena dicha.

Mendigo. — Buenas cosas me deseas, sea por amor de Dios; pero entiende una verdad, y es que nunca fui mal afortunado ni padecí desdicha.

Teólogo. — Plegue a Dios, hermano mío, que con las otras buenas dichas que tienes seas juntamente bienaventurado. Yo confieso la verdad, que mi entendimiento no alcanza bien lo que tus palabras significan.

Mendigo. — Pues te hago saber, por que te maravilles, que nunca carecí ni carezco de bienaventuranza.

Teólogo. — Así Dios te salve, que me hables claro, porque tu lenguaje es para mí muy oscuro.

Mendigo. — Pláceme ciertamente, y de buena gana lo haré. ¿Te acuerdas de cuántas maneras me has saludado?

Teólogo. — Sí me acuerdo: tres son, esto es, con *buenos días*, con *buena dicha* y con desearte *la bienaventuranza*.

Mendigo. — ¿Tienes en la memoria mis respuestas?

Teólogo. — Sí las tengo. Me has respondido que *jamás has tenido día malo*, que *nunca has sido mal afortunado* y que *jamás has carecido de bienaventuranza*. Estas son tus respuestas, y te dije que no las entiendo; y así, te ruego me las declares.

Mendigo. — Sabe, hermano mío, que aquellos

días para nosotros son *buenos* los cuales empleamos en alabanzas de Dios, que nos da vida en ellos para esto mismo; y *malos* son para nosotros cuando en ellos nos apartamos de dar a Dios la gloria que le debemos; sean los acaecimientos los que fueren, o prósperos o adversos, pues en todos podemos con su gracia, y debemos loarle en nuestra voluntad, pues ésta, ayudada con el favor divino, hace que los días sean buenos. Yo, como tú ves, mendigo soy, y muy necesitado, y voy peregrinando por el mundo, y no tengo arrimo ni lugar donde acogerme, y por los caminos paso trabajos de muchas maneras. Mas si por no hallar quien me dé limosna padezco hambre, alabo a Dios por ello; y si me llueve, graniza o ventea, alabo a Dios por ello; si me desprecian los hombres como miserable, alabo a Dios por ello; y si por ir mal arropado padezco frío, alabo a Dios por ello; al fin, todo lo adverso que se me ofrece me es materia de divinas alabanzas; y de esta manera el día para mí es bueno. Y cuando los hombres me hacen algunas buenas obras, o algún disfavor, alabo a Dios por ello, y tengo mi voluntad sujeta a su divina Majestad, dándole de todo debidas alabanzas; porque las adversidades no hacen que el día sea adverso, sino nuestra impaciencia; pues nace de no tener nuestra voluntad sujeta ni ejercitada en sus divinas alabanzas en todo tiempo.

Teólogo. — Ciertamente, hermano; tú tienes gran razón en lo que dices de los días buenos. Yo tengo conocido ahora que aquellos días son buenos los cuales pasamos alabando a Dios.

Mendigo.—Dije que nunca fui mal *afortunado* ni padecí desdicha, y dije verdad; porque todos tenemos por buena dicha cuando nos vienen las cosas tan buenas y prósperas que no hay más que desear ni mejor. Y como sea verdad que aquello que Dios nos da y ordena que nos acaezca, sea para nosotros lo mejor, síguese que no sólo yo, sino cualquiera otro hombre que tenga los ojos del alma abiertos, y que considere las cosas como cristiano, se debe tener por dichoso en cualquier cosa que le acaezca o le dé Dios y ordene que los hombres le hagan, porque entonces ninguna cosa le puede venir que sea para él mejor.

Teólogo.—Dime, hermano, cómo ejercitas esta doctrina tan buena y de ella sacas tanto fruto, el cual te hace tan dichoso como dices que lo eres.

Mendigo.—Yo sé vivir con Dios, como hijo que vive con su padre; y considero que Dios es buen Padre, que ama a sus hijos; y como es poderoso y sabio, sabe y puede dar y aprovechar a sus hijos con aquello que les ha de ser mejor; y así, siquiera sea lo que me acaezca gustoso al hombre exterior, o al revés, siquiera sea dulce o amargo, siquiera sea honroso o deshonroso, siquiera sea saludable o contrario a la salud, esto tengo por mejor, y con ello me tengo por muy bien librado, y por mejor entonces que con cualquier otra cosa; y de esta manera todo lo que me viene tengo por buena dicha, y de todo doy gracias a Dios.

Teólogo.—La tercera respuesta queda por declarar, y es que me dijiste que no careces de bie-

naventuranza; ésta se me hace muy dificultosa de entender; pero me persuado que me la dejarás tan clara como las otras dos.

Mendigo. — Con la gracia de Dios sí lo haré: está atento. Por bienaventurado tenemos entre los hombres al que tiene lo que desea y al que en todo sale con la suya, cuya voluntad siempre se cumple sin resistencia. No hay hombre en el mundo que, viviendo según sus leyes, llegue a tener esta bienaventuranza entera, y esto es notorio; en el cielo la tienen enteramente los bienaenturados; y es por esto: porque no quieren más de lo que Dios quiere. De la misma manera será entre los hombres mortales. El hombre que tiene muertos sus humanos apetitos y tiene enteramente resignada su voluntad a la de Dios, holgándose en lo que Dios hace acerca del mismo hombre, como acerca de los demás hombres, bienaventurado en la tierra le podemos llamar; porque tiene gustos celestiales en ver que en todo se hace su voluntad, la cual es conforme con la de Dios.

Teólogo. — Dime cómo pones por obra esta divina enseñanza.

Mendigo. — Yo determiné asirme de la voluntad de Dios, de manera que la mía no traspasase a la suya, y conformarme con ella tan enteramente, que no quedase en mí querer alguno; y de esta suerte vivo contento y me tengo por bienaventurado; porque todo cuanto Dios hace me da muy particular gusto, más dulce y sabroso que el que tiene el hombre que hace todo cuanto sus apetitos desean.

Teólogo. — He entendido muy bien en qué con-

siste tu bienaventuranza, y me parece ser todo muy gran verdad lo que me dices. Tengo, empero, una duda acerca de la resignación que conviene hacer de nuestra propia voluntad a Dios, y es que me digas: ¿Qué dirías y qué harías si Dios te quisiese echar en los profundos abismos del infierno?

Mendigo.—Dos brazos tengo espirituales; el uno es la humildad que tengo sujeta a Jesucristo, con la cual estoy unido con su sacratísima humanidad, y este brazo es el izquierdo; el otro derecho es el amor con que estoy unido y abrazado con la divinidad del mismo Jesucristo, y con este brazo le tengo tan abrazado, que cayendo yo en el infierno sin pecado, no dejaría de estar con Dios; y en este caso tendría yo por cosa mejor lograda ir con la amistad de Dios al infierno, que estar sin su gracia en el lugar más deleitoso que se puede imaginar.

Teólogo.—Ya entiendo que quieres decir dos cosas. La primera es que la humildad profunda es un divino atajo para ir a Dios. La segunda, que como Dios nos haya obligado a amarle por su mandamiento, nunca nos mandará otra cosa en contrario. De donde debemos decir a su Majestad: Señor, con que te ame, con que esté en tu gracia, con que no esté privado de alabarte, échame donde mandares; porque todo lugar me será bueno estando en tu compañía.

Mendigo.—Bien me has entendido. ¿Tienes ahora alguna duda?

Teólogo.—Dime, hermano mío, pues tan unido estás con Dios, ¿adónde le hallaré yo ahora para

unirme con Él? Porque ningún otro lugar será para mí mejor que el mismo donde tú te hallaste.

Mendigo.—Ni tú le hallarás en otra parte, ni yo, ni nadie, sino en donde dejemos las criaturas por Él.

Teólogo.—¿Adónde dejaste ahora a Dios?

Mendigo.—En los corazones limpios y en los hombres de buena voluntad; en éstos le dejo y en éstos le hallo.

Teólogo.—No puedo dejar de preguntarte que me digas quién eres. Porque querría conocerte y que se quedase en mimemoria tu nombre, por los beneficios que de ti en este día he recibido.

Mendigo.—No te puedo dar más cierta respuesta con que te descubra quien soy, que decirte soy rey, como es así que lo soy.

Teólogo.—¿Cómo es posible que tú seas rey? ¿Adónde tienes el reino?

Mendigo.—El reino téngolo en mi alma, porque sé regir mis sentidos y potencias interiores y exteriores, y tengo todas mis aficiones y potencias del alma a mi razón sujetas. Verdaderamente, hermano, que sobre todos los reinos del mundo es éste único, y esto nadie lo dude; y podrás por esto entender con cuánta razón me llamo rey, siendo verdad como lo es, por la gracia divina, que yo tengo este reino.

Teólogo.—Veo que te quieres ir. ¿Adónde vas,

Mendigo.—Voy allá de donde vengo.

Teólogo.—¿De dónde vienes?

Mendigo.—Vengo de Dios, y así, mi camino es Dios y a Dios, y el que va conmigo es el mismo Dios; y si no entiendes esto que te digo, declára-

me. Como Dios esté presente en todo lugar, y por esencia, presencia y potencia esté en todas las criaturas, aunque yo mude de lugar, y sean otras y otras las criaturas que veo, y con quien tengo trato y hablo, en todo hallo a Dios, y más a Él que a ellas, y más voy por Él que por ellas. Antes si ellas me habían de esconder a Dios, o estorbarme que en ellas no le hallase, huiría de ellas como de enemigos mortales.

Teólogo. — Hermano mío, ¿cómo has llegado a tanta perfección?

Mendigo. — Con tres cosas. Continuo silencio, altos pensamientos y unión con Dios. Porque de Dios abajo, en ninguna cosa he podido hallar reposo ni quietud; empero ahora reposo, y descansaré en mi Dios en suma paz, pues le hallé. Y así, tú, si quieres atesorar perfección y tener verdadero reposo, no le busques entre las criaturas, ni las tengas respeto cuando te impiden el llegarte a Dios; ejercítate muy de veras en las tres cosas sobredichas, guarda perfecto silencio, huye de la conversación de los hombres, que nos impiden algunas veces la paz y la dicha, que con Dios el silencio nos gana. Tus pensamientos no sean bajos, sino altos; no de cotas temporales, sino eternas; no humanas, sino divinas; no de carne, sino de espíritu; no de la tierra, sino del cielo. La unión con Dios sea tu vida; despégate de todo lo criado, como si no hubiese criaturas en el mundo; procura tener al mundo por muerto, mírale como a una casa que está incendiada y se quema, de la cual huyen los que no quieren perecer en ella; y de esta manera deshacerte has

del mundo, y te hallarás más dispuesto para unirte con Dios y para tener paz y reposo con Él; al cual suplico te dé su gracia y te disponga para hacerlo como te lo he enseñado.

CAPITULO 14

El motivo principal que hemos de tener para cumplir la voluntad divina ha de ser por amor de Dios

1. Para hacer con mayor perfección y fruto la voluntad divina y conformarse con ella totalmente, se debe advertir mucho el motivo principal por el cual la hemos de cumplir. Porque si bien es verdad que los títulos y obligaciones que a esto tenemos son muchos, y todos muy meritorios, una es la razón más excelente, más generosa y de mayor mérito y agrado divino; y a quien quiere perfectamente cumplir la voluntad de Dios y agradar a su Criador, no basta ejecutar lo que Dios quiere, sino del modo que quiere y gusta más que lo hagamos; que es de manera que merezcamos más y le agrademos lo posible. Porque puede uno cumplir la voluntad divina mirando a Dios, que es su supremo Señor, a quien debe servir; o su amoroso Padre, a cuyo mandado debe esatr; o su bienhechor liberalísimo, a quien debe ser agradecido; o su remunerador fidelísimo, de quien espera ser galardonado; o porque esto sólo es lo que nos está bien, lo que nos es más

útil, más honroso y conforme a la dignidad del hombre.

Todos estos son motivos loables y santos, y quien faltase al cumplimiento del beneplácito divino, rasgaría todos estos títulos, atropellaría con todos estos derechos, que Dios tiene para que hagamos su gusto y no el nuestro; mas ninguno de ellos es el título más honroso, ninguno el derecho más estrecho y riguroso, ninguno el motivo más deseado y agradable a este Señor, que debemos tanto agradar; y así, aunque uno cumpliese en todas sus obras la voluntad divina, por los motivos dichos, aunque tan buenos y santos, y de los cuales nos debemos también ayudar, no acabaría del todo de satisfacer al deseo y gusto de Dios, que de nuestra mayor justificación y santidad tiene (*Mt.*, 5, 48), para que seamos santos y *perfectos, como nuestro Padre celestial* lo es; porque no acabaríamos de cumplir aquella *suprema* ley de perfección, y aquel *máximo mandato* que dice (*Mt.*, 22, 38): *Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus mientes y con todas tus fuerzas.*

2. Con amor y por amor quiere Dios que cumplamos su voluntad; con amor tierno, con amor fuerte, con amor leal, con amor fino y verdadero, por aquel supremo título de ser Dios quien es, amando a tan admirable Bondad, complaciéndonos en sus infinitas perfecciones, regocijándonos de sus inmensas riquezas, infinita gloria y grandeza. Aquel que no llega a cumplir la voluntad divina desinteresadamente, por ser Dios quien es, aún no llega a cumplirla total y perfectamente

como Dios quiere y merece que se cumpla; ni alcanza el merecimiento que pudiera, ni agrada cuanto puede a su Criador, ni gozará perfectamente de los grandes tesoros que en este ejercicio hay, ni gustará el panal y sabor que en no hacer su gusto, por hacer el de tan buen Dios, está escondido.

Y así, importa que, muy enamorados de aquel inefable Ser, de aquella hermosura infinita, de aquella inmensa bondad, de aquella naturaleza llena de infinitas riquezas y perfecciones, cumplamos su justísima voluntad. Esta ha de ser nuestra ocupación, éste nuestro oficio, éste nuestro gusto, éste nuestro conato; en esto hemos de poner nuestra honra, por eso se ha de desvelar nuestro entendimiento, de esto se ha de alimentar nuestra voluntad, con esto se ha de regocijar nuestro cuerpo y nuestro espíritu, en esto se ha de emplear nuestra alma, por esto se ha de emplear nuestra alma, por esto se ha de gastar cuanto somos y podemos: nuestros deseos, nuestros afectos, nuestras fuerzas y toda nuestra substancia y vida.

3. ¿Qué empleo mejor de nuestra alma y de todo nuestro ser que en aquel que es todo Ser? No sé, por cierto, cómo no se nos arranca el corazón y se nos va el alma abrasada en amor tras de aquella eterna hermosura, bondad, omnipotencia y sabiduría infinita. ¡Oh! ¡Qué dicha poder admirar tan alto Ser! ¿Qué será amarle, abrazarle, regalarse con Él, agradarle en todo? No nos había de caber el corazón en el pecho, de puro regocijo y contento de que seamos tan dichosos,

que podamos hacer cosa con que le demos gusto; que seamos tan bien afortunados, que no sólo le podamos respetar, sino amar. Ni sé cómo sus criaturillas podamos dejar de preciarnos y gloriarnos mucho de ser suyas, y de andar siempre atónitas de su grandeza y bondad, amando aquel nobilísimo Ser que no tuvo origen de ninguno; ¿qué mayor nobleza que ésta? Aquel Ser, que, como no le hizo nadie, nadie le limitó, y así, es infinitamente bueno y perfecto, tal que ni el pensamiento puede imaginar cosa mayor, y todo lo que imagine de Él es muy poco, y nada, respecto de su grandeza.

4. Aquel Ser tan admirable, que, con ser uno, es trino, y, en suma unidad de esencia, se halla en Él Trinidad de personas; maravilla de maravillas, que por toda una eternidad habrá que hacer en admirarla; aquel Ser tan infinitamente bueno, que todo lo que es el Padre, lo comunicó al Hijo, y su Hijo, tan bueno como Él, lo dio a los pecadores; Ser tan bueno, que ni un punto pudo estar sin comunicarse todo, no pudiendo menos su admirable bondad; aquel Ser omnipotente, que todo lo hizo con querer y lo hizo de nada; aquel Ser tan sabio, que no puede errar en acertar a hacernos bien; aquel Ser tan inmenso, que no puede ausentarse de nosotros, y dondequiera que vamos nos ve, y oye lo que pedimos; aquel Ser inmudable, cuya hermosura no se puede envejecer, ni puede faltar su buena voluntad; aquel Ser simplicísimo, en quien sin estorbo ni embarazo poseemos todos los bienes; aquel Ser tan justo y misericordioso, que por

hacer misericordia perdonando a los hombres, no perdonó a su Hijo; aquel Ser eterno, que no se nos puede morir; aquel Ser fidelísimo, que desobligándole nosotros, no falta a lo que nos prometió; aquel Ser tan amante nuestro, que no se cansa de sufrir nuestros desacatos; aquel Ser que da ser a todo ser, que sustenta los cielos, y por quien los elementos permanecen, las plantas por Él viven, los animales por Él sienten, los hombres por Él discurren, los ángeles por Él entienden; aquel Ser tan inmenso, que no se embaraza con nada, haciéndolo todo, cuidando de todo, estando en todo; aquel Ser tan bueno, que con ser su grandeza inmensa, su autoridad infinita, su majestad suprema, es su llaneza y dignación tal, que por amor del hombre le está por su mano madurando la fruta en el árbol, preparando el pan en la espiga, disponiendo la bebida en las fuentes, apercibiendo el vestido en los campos, guisándole por sí mismo la comida, trazándole la tela con que cubra su desnudez, abatiéndose a tan humildes oficios por una criatura tan vil.

5. Aquel Ser tan bueno que es todo bien; toda bondad de Él tuvo origen, toda hermosura de Él nació, toda justicia de Él procedió, todo poder de Él dependió, toda sabiduría de Él se originó, toda dulzura de Él se principió; y Él es bueno sobre toda bondad, hermoso sobre toda beldad, justo sobre todo derecho, poderoso sobre toda violencia, sabio sobre toda verdad, dulce sobre todo sabor. Aquel Ser tan bueno, que tuvo tan buena voluntad, como fue determinarse a morir

porque una criaturilla suya viviese; a humillarse, porque no fuera un gusanillo soberbio; a hacerse hombre por el hombre, su enemigo, que le quiso quitar el ser Dios; a dejarse por sustento de vida de quien merecía mil muertes; a entrar dentro del pecho humano, quien no cabe en los cielos.

¡Oh buen Dios, y qué buena voluntad que tenéis, y más para mí! Pues son como éstas vuestras determinaciones, ¿qué mucho cumpla yo vuestro justísimo querer, pues mejor me ha estado lo que quisisteis por mí, que lo que yo quise para mí? Y pues vuestra voluntad ha sido infinitamente buena, no podéis Vos ser menos bueno. Que no seréis menos bueno en Vos mismo que lo que fuisteis para mí. ¡Cumpla yo en todo vuestra voluntad tan buena, y cúmplala, porque Vos sois tan bueno!

6. Doy mil parabienes a las criaturas, por ser tan bueno su Autor, por la nobleza de su origen, por la gloria de ser hechuras de tan buena mano. Los cielos hagan aplausos, porque en ellos no cabe su Criador; los planetas sigan sus cursos, las estrellas enciendan mayores luminarias, por ser Luz inaccesible quien las formó; los elementos se regocijen, por ser centro y perfección de todas las cosas quien los crió; los peces, las plantas, las aves, los animales, los hombres, los ángeles, festejen ser tan grande su Rey, tan poderoso su Señor, tan sabia su Cabeza y tan bueno su Padre; el cielo y la tierra se alegren con la gloria de tal Dueño y la grandeza de tal Monarca, cuya voluntad cumplamos *los hombres en la tierra como* los ángeles *en el cielo*; y pues los ángeles la cum-

plen amando a su Señor por ser Dios quien es, tan infinitamente bueno, santo, grande, perfefcto, ¿qué menos debemos los hombres, por quien hizo más, siendo sus enemigos, que por los ángeles, con serle fieles y los domésticos de su casa? No por ser Dios mejor con nosotros hemos de dejar de cumplir su voluntad por ser Él en Sí infinitamente bueno: que no pudo dejar de ser en Sí tan bueno quien lo ha sido para los que somos tan malos.

CAPITULO 15

Cuánto importa no hacer su voluntad para venir a hacer la de Dios, y cuántos provechos tiene la mortificación

1. No me quiero contentar con haber dicho en general la importancia y práctica de este ejercicio divino, sino descender más en particular, y declarar aquello en que se viene a resumir todo él, y cómo llegará un alma santa a hacer en todo la voluntad de Dios, según el estado de esta vida. Para lo cual tres cosas son menester:

La una, no hacer en nada la propia voluntad. Esta es como el fundamento de las otras dos; porque es imposible que cumplamos la voluntad de Dios si atendemos a cumplir la nuestra, de la cual primero nos hemos de desembarazar, y descargarnos de esta intolerable carga de nuestros deseos, para poder después correr en seguimiento del querer de Dios.

La segunda, es hacer todo lo que uno hiciere, porque es voluntad de Dios solamente; y para esto es menester pureza de intención y conocimiento de su santísima voluntad.

La tercera, estar contentos con todo lo que Dios quisiere; porque para que uno tenga un mismo querer y no querer con Dios, no basta hacer todo lo que Dios quiere que haga, sino que es necesario no resistir ni disentir a nada de lo que Dios quisiere hacer.

De todo esto trataremos lo que fuere menester, y de camino declararemos más algunas razones que hemos apuntado en confirmación de la utilidad y excelencia de este ejercicio, hasta llegar uno a tener, no sólo conformidad con la voluntad divina, sino uniformidad, y si así se sufre decir, deiformidad.

2. Llegando a la primera parte, para cumplir la voluntad de Dios es necesario no cumplir la nuestra, mucho más que lo es el deshacerse el hielo para que un agua venga a hervir. Y como un hombre no puede vivir en Roma y en Madrid juntamente, sino que para vivir en una parte ha de salir de otra, de la misma suerte, para vivir a Dios y en Dios, cumpliendo la voluntad divina, ha de salir de sí negando la suya; como el mismo Cristo nos enseña, diciendo (*Mt.*, 16, 24) que para *seguirle a Él* había primero uno de *negarse a sí y tomar su cruz*; esto es, negar su voluntad con todas sus pasiones y apetitos, y las demás potencias exteriores e interiores en que ella se ejercita y ceba, con universal mortificación de todas.

No espante a nadie este nombre, tan riguroso

y áspero a los oídos, de mortificación total; sino considere sus milagrosos efectos y frutos suavísimos, y estará tan lejos de temerla, que con todas sus fuerzas la abrazará; o si no tiene tanta fortaleza, por lo menos no se podrá engañar a sí aunque quiera, y juzgará que se debe abrazar y desear. ¿Por ventura Dios es tirano, que se holgara sin qué ni para qué con nuestra carnicería, con ver a sus siervos e hijos queridos enconadas las carnes con cilicios, acardenaladas y rasgadas con azotes, hambrientos, sedientos, humillados, afligidos y sin gusto de la tierra? Por cierto, gran bien debe resultar de esto, pues un Dios tan bueno y piadoso y tan Padre amoroso, nos lo encargó tantas veces y tan de veras, así por boca de su Unigénito querido, como por la de sus Profetas y santos Apóstoles. ¿Cómo tuviera boca Jesús, que es tan *manso y humilde de corazón*, para pronunciar sentencia tan desabrida como ésta: *El que quisiere venir tras de Mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz*, si no fuera porque en este aviso nos hacía gran favor, por los frutos grandes que de esta renunciación nacen?

3. Y aunque es verdad que no habíamos menester más para ella, sino ver que no le desagrada a este Señor, con todo esto, apuntaré algunos otros bienes que trae consigo, siquiera para que conozcamos cuán razonable y justa es la voluntad divina, y cuán provechosa para nosotros. Porque si en la mortificación, que es la cosa que más nos espanta, hallamos estas condiciones, en todas las demás cosas más favorables no dudaremos que estarán.

Son, pues, tantos los frutos de la mortificación y abnegación de la propia voluntad, que antes nos pudiéramos quejar de Dios, si no nos la hubiera encomendado tan de veras y avisado que nos convenía; y antes pareciera impiedad no exhortarnos a ella. Si un padre viese que un hijo suyo bien dispuesto, hermoso, discreto y valiente, había caído malo y estaba en una cama del hospital, desfigurado y frenético, y tan débil que no pudiera ya menear un brazo; y si supiese un remedio con que no sólo no moriría su hijo, sino que estaría bueno y sano y más fuerte que nunca, con mayor disposición y lozanía que antes, y con el gusto limpio de gozar del sabor y dulzura de delicados manjares, ¿no sería impiedad tener secreto este medicamento, sin decirle nada ni procurar que le tomase? Sin duda que a padre semejante le tendrían todos por loco o por inhumano. Pues lo que no nos pareciera bien en un hombre, ¿por qué lo queremos en Dios? ¿Cómo queremos que no publicase en toda la Sagrada Escritura, con ejemplos y con palabras de sus santos Profetas, y por la boca de su Hijo Unigénito, tan gran reparo de nuestra naturaleza corrupta y enferma de achaques mortales, debilitada para el bien, y estragada en todo, como lo es la mortificación con ayuda de su gracia? Porque por medio de ella modera uno sus afectos, endereza su apetito, limpia su entendimiento y reforma su espíritu, restituyéndole a su antigua nobleza, y en algunos a mayor, con mayores grados de santidad. ¿Por qué nosotros no le hemos

de agradecer este aviso y repararnos con tal medicina?

¡Cuánta lástima solemos tener de haber caído de aquel dichoso estado de la inocencia! Pues si hay arte y modo, con el favor divino, de corregir nuestra naturaleza pervertida, y enderezar nuestros apetitos, y reformar nuestras potencias, ¿por qué le hemos de despreciar? Verdaderamente, aunque no tuviera otro bien la mortificación y abnegación de la propia voluntad más que éste, nos forzaba a abrazarnos con ella con todas nuestras fuerzas.

4. El temor que tenemos pareciéndonos que al principio es amarga, es la excusa más necia del mundo; porque si por la salud del cuerpo no rehusamos remedios amargos, ¿por qué por la salud del alma y para remedio de nuestra naturaleza corrompida, reparamos en los que no lo
nos forzaba a abrazarnos con ella con todas

Considérese cuánto más hacen los enfermos del cuerpo, que lo que la mortificación pide. Déjanse abrir las entrañas, porque les saquen una piedrecilla que les aflige; déjanse quemar la carne viva por sanar de una pequeña herida; déjanse serrar los miembros por detener un poco el cáncer. En el gusto, ¿qué no padecen con bebidas amargas? Pues la propia voluntad, ¿cuánto la hacen? Sujetos al médico y cirujano, no se hace nada que quieren: piden un poco de agua, no se la dan; quieren levantarse, no se lo permiten; gustan de dormir, y a cada momento se lo estorban. ¿Qué tiene que ver esta vida tan miserable y cruel con la mortificación, que nunca es tan

desabrida, y, finalmente, viene a ser dulce y suave, y no es como la medicina corporal, remedio tan incierto y dudoso?

Pues si en un padre fuera impiedad no dar a un hijo el remedio cierto y milagroso que sabía, en el mismo hijo sería, el no tomarle, inhumanidad o desesperación. Y así, quien considere la verdad de las cosas, podrá juzgar por desesperado e inhumano contra sí al que no trata de mortificación, por sanar la corrupción de su carne y espíritu.

5. Así como fue gran beneficio de Dios encargarnos la mortificación, así es de los mayores castigos que puede enviar a uno entregarle a sus deseos y gustos. Por lo cual dice por David (*Ps.* 80, 13): *Mi pueblo no oyó mi voz, ni Israel tuvo cuenta conmigo, y yo les dejé irse tras los deseos de su corazón*. Y san Pablo (*Rom.*, 1, 24) dice que el castigo que dio Dios a los gentiles soberbios por su altivez fue *entregarlos a sus deseos*, que es un castigo temerosísimo, por los mayores pecados que cometieron, pues no hay mayor castigo de Dios que cuando castiga un pecado con otro; y también por las penas en que caen, porque no hay tormento mayor que el que nos suelen causar nuestras pasiones; y es, sin duda, incomparablemente mayor el trabajo de uno que no se mortifica, que de aquel que muy de veras trata de refrenar sus pasiones.

6. Tiene otro bien inestimable la mortificación, que es satisfacer por los pecados pasados, y a poquísima costa disminuir o quitar las penas que por ellos merecimos. Yo no sé por cierto qué

seso tiene el que no goza de este beneficio y de esta buena ocasión. Porque si a un hombre que estuviese muy afligido por no poder pagar mil duros que debía, llegase el acreedor y le dijese que con sólo que le satisficiese luego, se contentaba con que le pagase por cada duro una sola peseta; pero que si no lo hacía así y lo diltaba hasta que le ejecutase, que había de pagar toda la deuda entera, ¿en qué juicio cabía dilatar la paga con pérdida tan notable? No somos nosotros menos locos en no pagar luego por nuestros pecados, ahorrando mucho más con lo que en esta vida pagamos de contado con voluntarias penitencias y mortificaciones, y no aguardar a que Dios nos ejecute en el Purgatorio, donde se ha de pagar hasta el último céntimo.

7. Pero si tras todo esto no nos mueven las penas de la otra vida, que quita la mortificación, persuadámonos por las que quita en ésta. Porque muchas enfermedades agudas y ardientes dolores, y otros castigos, que había Dios de enviar por nuestros pecados, en viendo que satisface uno por ellos, suspende su mano y no le aflige más. Al contrario sucede con los que no tratan de mortificación, que los suele Dios cargar de achaques más pesados, sin duda, que si muy de veras se mortificaran.

Al Padre Jorge Colibrant, de nuestra Compañía, varón de gran virtud y mortificación, le sucedió en este particular un caso digno de ser notado. Era este Padre penitentísimo, y tan mortificado, que a algunos les parecía imprudencia; todo el cuerpo le tenía hecho una llaga de las

continuas disciplinas que desapiadadamente tomaba, acompañándolas con ásperos cilicios y otros géneros de martirios que se hacía; porque este santo Padre tenía esta devoción, de confesar a los mayores pecadores y más desalmados hombres que había, y dándoles muy ligera penitencia, él tomaba sobre sí las demás, y así la cumplía, no cesando de afligirse sin misericordia alguna, con todos los modos a él posibles. Parecióle a un Provincial nuestro, como a otros muchos, demasía aquel rigor, temiendo que acabaría presto consigo, y que impediría mayor servicio divino, por el fruto que hacía en las almas con sus consejos y ejemplo; y le ordenó que templase aquellos excesos. El santo Padre, que no tenía voluntad propia, y estimaba más la obediencia que la vida, obedeció a su superior; pero advirtióle que sin duda Dios tomaría la mano, y que, si faltaba a sus penitencias, por otro lado le afligiría más; pero que, con todo eso, más quería obedecer que vivir. Sucedió así, que luego le sobrevinieron al Padre un mal de piedra insufrible, y tantos dolores y accidentes, que ponía compasión el verle; de modo que no tenían que ver las penitencias pasadas respecto de lo que después padeció. Pues si a este santo Padre así afligió Dios en vez de las penitencias que dejó por la voluntad de Dios, otros que por su gusto las dejan, ¿por qué no han de temer la mano poderosa y justa de su Majestad divina?

8. Este bien tan grande de la mortificación, de librar de penas, aún no tiene que ver con lo que es librar de culpas. Porque, fuera de satisfa-